

## EL DEBATE SOBRE EL CAMBIO CLIMÁTICO

# El papel de España contra el calentamiento global

Pedro Linares y José Ignacio Pérez Arriaga

Profesores en el Instituto de Investigación Tecnológica (IT) y la Cátedra BP de Desarrollo Sostenible de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid

**Adivinanza:** ¿de qué van a hablar en Madrid un Nóbel de Economía, un representante de la Casa Blanca, el vicepresidente de BP, la Ministra de Medio Ambiente y unas decenas más de representantes distinguidos de la política, la universidad, las ONGs y la industria? ¿Del tiempo? Caliente, caliente... y nunca mejor dicho: de cómo luchar contra el calentamiento global del clima.

A estas alturas de la película (y no nos referimos al famoso y oscarizado documental), no creemos que haya que convencer a nadie de la realidad del cambio climático que se avecina, y que ya comenzamos a experimentar. El reciente informe del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC) no hace sino remachar lo que ya se intuía desde hace tiempo: el cambio climático es indiscutible, y en su mayor parte es atribuible a las emisiones de gases de efecto invernadero causadas por las actividades humanas. Otros informes apuntan a que España puede ser uno de los países europeos más afectados, lo que nos coloca en una situación de especial riesgo.

Por lo tanto, no hay excusa para demorar la respuesta ante esta seria amenaza. Es hora de comenzar a actuar, y más aún teniendo en cuenta que muchas de las intervenciones no comenzarán a dar fruto hasta dentro de bastantes años y que las decisiones equivocadas influirán también durante largo tiempo (pensemos en el largo plazo asociado a la sustitución y permanencia de las fuentes energéticas, o en la dinámica de los cambios de comportamiento social). Ahora bien, esto no quiere decir que las actuaciones deban adoptarse sin reflexión. Y nos referimos especialmente a posibles iniciativas unilaterales, que si bien meritorias, solamente adquieren pleno sentido y eficacia cuando se coordinan desde una perspectiva verdaderamente global, pues global es la naturaleza del problema que se trata de resolver.

Todas las posibles actuaciones deberían por tanto estar enmarcadas dentro de un gran acuerdo internacional de lucha contra el cambio climático. Es cierto que cada país tiene una distinta situación de partida, y distintas expectativas de llegada, así que no se debe exigir lo mismo a unos que a otros. Tenemos que conseguirlo entre todos, bajo el principio de responsabilidad común pero diferenciada.

La buena noticia es que ya tenemos un acuerdo de este tipo, el Convenio Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (UNFCCC) de 1994. La mala es que este Convenio es tan general que no vale para mucho si no lo concretamos más: hay que traducir esta gran idea de responsabilidad común pero diferenciada a cantidades, plazos, y compromisos. Evidentemente, una tarea compleja.

## Protocolo de Kyoto

Prueba de esta complejidad es que el primer intento por lograr algo de concreción, el Protocolo de Kyoto que entró en vigor en 2005, si bien un primer paso de enorme relevancia, no se puede decir que objetivamente haya sido muy exitoso: algunos de los mayores emisores de gases de efecto invernadero, como EEUU, Canadá o Australia, no lo han ratificado, las reducciones de emisiones que exigía no son significativas respecto al total (aunque sí costosas para algunos países, como el nuestro), y el reparto de las cargas ha sido criticado como injusto. Sin embargo sí se ha conseguido poner en marcha, de forma sorprendentemente eficaz, un complejo entramado internacional de verificación de compromisos y mercadeo de derechos de emisión, que posiblemente sea una pieza fundamental del esquema futuro común.

Quizá la raíz del problema del Protocolo haya sido tratar de comenzar la casa por el tejado: antes de decidir cuánto reducir y en qué medida cada uno, tal vez deberíamos primero aclarar cuál es la mejor manera de organizarse para lograr la respuesta conjunta más efectiva. Es decir, posiblemente debiéramos en primer lugar, y siempre bajo el paraguas de la UNFCCC, decidir cuál debe ser la arquitectura en la que basar un acuerdo verdaderamente global, al que

se adhieran todos los países desarrollados, y también bajo el que los países en desarrollo puedan contribuir de forma efectiva a la lucha contra el cambio climático.

Y éste es posiblemente el momento adecuado para reflexionar sobre ello: el Protocolo de Kyoto concluye en 2012, y ya debemos comenzar a plantearnos su continuidad o su modificación. Por supuesto, todos los países llevan trabajando en ello un tiempo, en las reuniones de seguimiento de la UNFCCC y del propio Protocolo. Pero es bien sabido que el formalismo y la exigencia de resultados concretos de estas reuniones no casa bien con la creatividad y la búsqueda de nuevas soluciones. Posiblemente se requieran ámbitos más informales de discusión que puedan ayudar a resolver los problemas y encontrar nuevos enfoques válidos.

Éste es el objetivo de la reunión que los próximos 11, 12 y 13 de Abril tendrá lugar en Madrid, organizada por el Instituto Universitario Europeo de Florencia y la Universidad Pontificia Comillas, con la colaboración del Ministerio de Medio Ambiente, la Comisión Nacional de la Energía, y Enerclub, y con el patrocinio de diversas empresas e instituciones nacionales e internacionales.



Al Gore, en la presentación de su documental sobre el cambio climático. / Efe

En esta reunión, cerca de cien especialistas de todas las regiones del mundo, pertenecientes a administraciones públicas, empresas, universidades y organizaciones de la sociedad civil, tratarán de identificar puntos de consenso sobre cuáles deben ser las bases del acuerdo que sustituya o dé continuidad al Protocolo de Kyoto a partir de 2012.

Quizá ésta pueda ser una de las contribuciones de España en la lucha contra el cambio climático: la ayuda al establecimiento de una plataforma apropiada de discusión sobre estos temas. Nuestras emisiones no son muy grandes en comparación a otros países de nuestro entorno económico, pero de momento hemos sobrepasado con mucho el objetivo de reducción al que nos habíamos comprometido en el Protocolo. La celebración de esta reunión en Madrid es un indicador del creciente interés de nuestro país por este problema y de la voluntad de alcanzar soluciones.

Esperemos que también pueda servir de acicate para pasar de las palabras y planes a los hechos. Pronto llegará el momento en que tengamos que convivir con una energía más cara, y también habremos de adoptar un estilo de vida más sobrio energéticamente. Si tenemos éxito en alcanzar un consenso post-Kyoto, lo haremos conjuntamente con los habitantes de otros muchos países. Para nada un consuelo de tontos.

# Confusión sistemática



José Javaloyes

**Una legión de científicos anónimos**, sin credenciales ni autoridad específica en la materia, agavillados en el Panel Intergubernamental para el Cambio Climático (IPCC), dan soporte a un nuevo documento de Naciones Unidas. Fue presentado el Viernes Santo en Bruselas y lo será también, además de ayer en Madrid, en distintas ciudades de Europa y del entero mundo. Es material ideológico, lanzamiento propagandístico a escala planetaria, en el que democracia y supuesta ciencia se mezclan y combinan en sólo un plano de presentación. Las cuestiones medioambientales y el cambio climático aparecen abrochadas en el mismo discurso como botón y ojal de una chaqueta. El cambio climático se hace derivar del deterioro medioambiental.

La conclusión del sofisma se propone como verdad apodictica. Se establece el correlato entre la secuencia ascendente de las temperaturas y la propia de la era industrial. Y de ello se concluye que es la contaminación producida por la moderna industria y las formas de vida derivadas de ella, todas con altos consumos energéticos —obtenidos del uso masivo y mayoritario de combustibles fósiles—, la causa del calentamiento de la Tierra.

Antes, las mismas fuentes de interesada agitación alarmista habían asegurado la enorme falacia de que en la década de los 90 del pasado siglo XX se habían alcanzado, por causa del llamado "efecto invernadero" las temperaturas más altas en los últimos 2.000 años. Con todo, esto era sólo una hipótesis, que se apoyaba en cálculos obtenidos con un modelo matemático —el de la gráfica del bastón de hockey— que se ha demostrado falso, puesto que la curva numérica obtenida con el mismo siempre era igual, al margen de los datos integrados en la ecuación.

Después se ha sabido, con pruebas de las sondas espaciales y datos obtenidos con los grandes telescopios, que el actual ascenso térmico afecta a todo nuestro sistema planetario y que la formación de capas gaseosas —como la que en la Tierra supuestamente entolda la atmósfera y ocasiona el "efecto invernadero"— aparece también en otros planetas del sistema solar. Pero los hallazgos astronómicos, que demuestran la falsedad de la hipótesis establecida y de la verdad esgrimida por la supuesta comunidad científica, no han sido tenidos en cuenta.

Y ello es así porque, en apariencia al menos, a los de la movida climática no interesa que se sepa. Lo que se propone implícitamente es la aceptación de que la verdad científica, sobre el clima o sobre cualquier otra cosa, resulta del precipitado estadístico de una masa de opiniones no necesariamente corroboradas por los hechos. El conocimiento cierto es algo que se somete al juego de las mayorías lo mismo que sucede con la propia verdad. Todo se vuelve relativo. Relativo a la conveniencia de quienes agitan banderas políticamente muy rentables.

De lo que ahora se trata es del clima como demagogia. Por que demagógico es crear en la gente la expectativa de que el cambio climático —determinado por los ciclos de la actividad solar— depende de lo que el hombre haga o deje de hacer. Al establecerse en estos evangelios novísimos del ecologismo militante que el clima es una variable que sólo ciertas políticas (progresivamente intervencionistas) serían capaces de controlar. Y, por lo mismo, de evitar el Apocalipsis ambiental y las Siete Plagas de Egipto.

En el mejor de los casos puede ocurrir con esto del clima lo mismo que ocurrió con las profecías del Club de Roma sobre el colapso energético, o con los cálculos de Malthus sobre el crecimiento de la población y el de los recursos para sostenerla. Sólo faltaba para calibrar la sostenibilidad del nuevo mensaje onusiano sobre clima, que el presidente Rodríguez se haya montado en esta moto como en la de la Alianza de Civilizaciones.